

DOMINGO VI DE PASCUA “C”

«El Espíritu Santo os irá recordando lo que os he dicho»

Hch 15, 1-2. 22-29:	<i>Hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros, no imponeros más cargas que las indispensables</i>
Sal 66,2-8:	<i>¡Oh Dios!, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben</i>
Ap 21, 10-14.22-23:	<i>Me enseñó la ciudad santa, que bajaba del cielo</i>
Jn 14, 23-29:	<i>El Espíritu Santo os irá recordando todo lo que os he dicho</i>

I. LA PALABRA DE DIOS

«*Haremos morada en él*». La inhabitación de la Trinidad en la Iglesia y en los fieles: he aquí el fruto principal de la Pascua. La mayor realización del amor que Dios nos tiene. El amor busca la cercanía, la intimidad, la unión. Dios no nos ama a distancia. Su deseo es vivir en nosotros, inundarnos con su presencia y con su amor. Esta es la alegría del cristiano en este mundo y lo será en el cielo. Somos templos, lugar donde Dios habita. Hemos sido rescatados del pecado para vivir en su presencia. ¿Cómo seguir pensando en un Dios lejano? Lo que deberemos preguntarnos es cómo recibimos esta visita, cómo acogemos esta presencia activa y amorosa, qué atención le prestamos, cómo respondemos a su acción y a su amor en nosotros...

«*El que me ama guardará mi palabra*». Esta es la condición para que las Personas divinas habiten en nosotros: amar a Cristo. Lo cual no es un puro sentimiento, sino que supone «*guardar su palabra*»: la fidelidad a Él y cada una de sus enseñanzas. Encontramos aquí un test para comprobar la autenticidad de nuestro amor a Cristo. Por el contrario, «*el que no me ama no guardará mis palabras*»: sin amor a Cristo será imposible cumplir sus mandamientos.

«*Él os lo enseñará todo*». Estamos a la espera de Pentecostés y es conveniente conocer lo que el Espíritu Santo quiere hacer en nosotros. Él es el Maestro interior y su acción es necesaria para entender las palabras de Cristo y ponerlas por obra. Si Él no ilumina, si no hace atractiva la palabra de Cristo, si no da fuerzas para cumplirla, nunca llegaremos a vivir el evangelio. Sin Él, el evangelio queda en letra muerta; sólo el Espíritu da vida.

«*La paz os dejo, mi paz os doy*». La paz, la alegría, la gratitud, etc., son sentimientos espirituales que abundan en el AT, pero que irrumpen singularmente con la llegada de Cristo a la tierra y constituyen el legado de Jesús resucitado a su Iglesia.

«*El Padre es más que yo*». “Jesucristo es igual al Padre según la divinidad, menor que el Padre según la humanidad”, reza el símbolo Atanasiano (DS 76). Aun en la Trinidad, lo propio del Hijo es recibir y obedecer. La superioridad del Padre es la propia del que envía, respecto a su enviado. ¿Vivimos como hijos?

II. LA FE DE LA IGLESIA

La promesa del Espíritu Santo (727 – 730)

Toda la **Misión del Hijo y del Espíritu Santo** en la plenitud de los tiempos se resume en que **el Hijo es el Ungido** del Padre desde su Encarnación: Jesús es Cristo, el Mesías. Toda la obra de Cristo es **misión conjunta** del Hijo y del Espíritu Santo.

Jesús no revela plenamente el Espíritu Santo hasta que Él mismo no ha sido glorificado por su Muerte y su Resurrección. Sin embargo, **lo sugiere poco a poco**, incluso en su enseñanza a la muchedumbre, cuando revela que su Carne será alimento para la vida del mundo. Lo sugiere también a Nicodemo, a la Samaritana y a los que participan en la fiesta de los Tabernáculos. A sus discípulos les habla de Él abiertamente a propósito de la oración y del testimonio que tendrán que dar.

Solamente cuando ha llegado **la Hora** en que va a ser glorificado Jesús **promete** la venida del Espíritu Santo, ya que su Muerte y su Resurrección serán el cumplimiento de la Promesa hecha a los Padres.

Jesús **entrega su espíritu** en las manos del Padre en el momento en que por su Muerte es vencedor de la muerte, de modo que, *resucitado de los muertos por la Gloria del Padre*, enseguida **da a sus discípulos el Espíritu Santo** dirigiendo sobre ellos su **aliento**. A partir de esta hora, la misión de Cristo y del Espíritu se convierte en la misión de la **Iglesia**: «*Como el Padre me ha enviado, también yo os envío*».

La acción del Espíritu Santo en la liturgia de la Iglesia (1091 – 1109)

En la Liturgia, el Espíritu Santo es el **pedagogo de la fe** del Pueblo de Dios, el **artífice de las obras maestras de Dios** que son **los sacramentos** de la Nueva Alianza. El deseo y la obra del Espíritu en el corazón de la Iglesia es **que vivamos de la vida de Cristo resucitado**. Cuando encuentra en nosotros la respuesta de **fe** que Él ha suscitado, entonces se realiza una verdadera **cooperación**. Por ella, la **Liturgia** viene a ser la **obra común** del Espíritu Santo y de la Iglesia.

En esta dispensación sacramental del misterio de Cristo, **el Espíritu Santo actúa**: **prepara** la Iglesia para el encuentro con su Señor, **recuerda y manifiesta** a Cristo a la fe de la asamblea; **hace presente y actualiza** el misterio de Cristo por su poder transformador; finalmente, el Espíritu de comunión **une la Iglesia** a la vida y a la misión de Cristo.

Prepara:

Toda **acción litúrgica**, especialmente la celebración de la Eucaristía y de los sacramentos es un **encuentro entre Cristo y la Iglesia**.

La Asamblea **debe prepararse** para encontrar a su Señor, debe ser *un pueblo bien dispuesto*. Esta **preparación de los corazones** es la obra común del Espíritu Santo y de la Asamblea, en particular de sus ministros. La gracia del Espíritu Santo tiende a **suscitar la fe**, la **conversión** del corazón y la **adhesión** a la voluntad del Padre. Estas disposiciones preceden a la acogida de las

otras gracias ofrecidas en la celebración misma y a los frutos de vida nueva que está llamada a producir.

Recuerda:

El Espíritu y la Iglesia cooperan en la **manifestación de Cristo y de su obra** de salvación en la Liturgia, **Memorial del Misterio** de la salvación. **El Espíritu Santo es la memoria viva de la Iglesia.**

El Espíritu Santo **recuerda el sentido** del acontecimiento de la salvación a la asamblea litúrgica **dando vida a la Palabra de Dios** que es **anunciada** para ser **recibida y vivida**.

El Espíritu Santo es quien da a los **lectores** y a los **oyentes**, según las disposiciones de sus corazones, la **inteligencia espiritual** de la Palabra de Dios. A través de las **palabras**, las **acciones** y los **símbolos** que constituyen la trama de una celebración, el Espíritu Santo pone a los fieles y a los ministros en **relación viva con Cristo**, Palabra e Imagen del Padre, a fin de que puedan hacer **pasar a su vida el sentido de lo que oyen, contemplan y realizan** en la celebración.

La fe se suscita en el corazón de los no creyentes y se alimenta en el corazón de los creyentes con la palabra de la salvación. Con la fe empieza y se desarrolla la comunidad de los creyentes. El **anuncio de la Palabra** de Dios no se reduce a una **enseñanza**: exige la **respuesta de fe**, como **consentimiento y compromiso**, con miras a la **Alianza** entre Dios y su pueblo. Es también el Espíritu Santo quien **da la gracia de la fe, la fortalece y la hace crecer** en la comunidad. La asamblea litúrgica es ante todo **comunidad en la fe**.

En la Liturgia de la Palabra, **el Espíritu Santo recuerda** a la Asamblea todo lo que Cristo ha hecho por nosotros. Una celebración **hace memoria** de las maravillas de Dios en una **Anámnesis** ("hacer memoria"). El Espíritu Santo, que despierta así la memoria de la Iglesia, suscita entonces la **acción de gracias y la alabanza**.

Actualiza:

La Liturgia cristiana **no sólo recuerda** los acontecimientos que nos salvaron, sino que los **actualiza**, los **hace presentes**. **El Misterio pascual de Cristo se celebra, no se repite; son las celebraciones las que se repiten**; en cada una de ellas tiene lugar la efusión del Espíritu Santo que **actualiza el único Misterio**.

La **Epiclesis** ("invocación sobre") es la intercesión mediante la cual **el sacerdote suplica al Padre que envíe el Espíritu** santificador para que **las ofrendas** se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo y para que **los fieles**, al recibirlos, se conviertan ellos mismos en ofrenda viva para Dios.

El **poder transformador** del Espíritu Santo en la Liturgia **apresura** la venida del Reino y la consumación del Misterio de la salvación. En la espera y en la esperanza nos hace realmente **anticipar** la comunión plena con la Trinidad Santa. El Espíritu da la vida a los que lo acogen, y constituye para ellos, ya desde ahora, "las arras" de su **herencia**.

Une:

La finalidad de la misión del Espíritu Santo en toda acción litúrgica es **poner en comunión** con Cristo para formar su Cuerpo. El Espíritu Santo es como la **savia de la viña** del Padre que da su fruto en los sarmientos. En la **Liturgia** se realiza la **cooperación más íntima** entre el Espíritu Santo y la Iglesia. El Espíritu de Comunión **permanece indefectiblemente** en la Iglesia, y por eso la **Iglesia es el gran sacramento de la comunión divina** que reúne a los hijos de Dios dispersos. El fruto del Espíritu en la Liturgia es inseparablemente comunión **con la Trinidad Santa y comunión fraterna**.

La asamblea litúrgica recibe su **unidad de la comunión del Espíritu Santo** que reúne a los hijos de Dios en el único Cuerpo de Cristo. Esta reunión **desborda las afinidades** humanas, raciales, culturales y sociales.

La **Epiclesis** es también **oración por el pleno efecto de la comunión** de la Asamblea con el Misterio de Cristo. *La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre y la comunión del Espíritu Santo* deben permanecer siempre con nosotros y dar frutos **más allá de la celebración** eucarística. La Iglesia, por tanto, pide al Padre que envíe el Espíritu Santo para que haga de la vida de los fieles **una ofrenda viva** a Dios mediante la **transformación espiritual** a imagen de Cristo, la preocupación por la **unidad** de la Iglesia y la participación en su **misión** por el **testimonio** y el servicio de la **caridad**.

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

«Sin el Espíritu no es posible ver al Hijo de Dios, y, sin el Hijo, nadie puede acercarse al Padre, porque el conocimiento del Padre es el Hijo, y el conocimiento del Hijo se logra por el Espíritu Santo» (San Ireneo).

«Preguntas cómo el pan se convierte en el Cuerpo de Cristo y el vino en Sangre de Cristo. Te respondo: el Espíritu Santo irrumpe y realiza aquello que sobrepasa toda palabra y todo pensamiento. Que te baste oír que es por la acción del Espíritu Santo, de igual modo que gracias a la Santísima Virgen y al mismo Espíritu, el Señor, por sí mismo y en sí mismo, asumió la carne humana» (S. Juan Damasceno).

IV. LA ORACIÓN CRISTIANA

*Ven, Creador, Espíritu amoroso,
ven y visita el alma que a ti clama
y con tu soberana gracia inflama
los pechos que criaste poderoso.*

*Tú que abogado fiel eres llamado,
del Altísimo don, perenne fuente
de vida eterna, caridad ferviente,
espiritual unción, fuego sagrado.*

*Ilustra con tu luz nuestros sentidos,
del corazón ahuyenta la tibieza,
haznos vencer la corporal flaqueza,
con tu eterna virtud fortalecidos.*

Amén.